

Cambio de mando regional incompleto

La ceremonia de cambio de mando presidencial constituye uno de los ritos republicanos más significativos de la democracia chilena. Más allá de las diferencias políticas que naturalmente existen entre quienes dejan el poder y quienes lo asumen, el acto simboliza la continuidad institucional del Estado. El traspaso entre Gabriel Boric y José Antonio Kast se desarrolló precisamente bajo ese espíritu, con apego al protocolo, respeto mutuo y sin los sobresaltos que algunos sectores habían anticipado en los días previos.

El Congreso Nacional en Valparaíso volvió a ser el escenario de una tradición que el país ha cultivado por décadas. Allí, ante autoridades nacionales, delegaciones extranjeras y representantes de la sociedad civil, el mandatario entrante recibió la banda presidencial, que es uno de los símbolos más visibles del poder republicano, y juró cumplir la Constitución y las leyes de la República. Se trata de un momento cargado de simbolismo histórico, con acciones precisas como el traspaso de la banda, el saludo entre el presidente saliente y el entrante, la salida del exmandatario y su gabinete, y el traslado hacia el Palacio de La Moneda, todas parte de un ritual que ha atravesado generaciones y que reafirma la estabilidad institucional de Chile.

En esta ocasión, además, el desarrollo de la ceremonia despejó las aprensiones que se habían instalado previamente. No hubo gestos de tensión ni incidentes que empañaran el acto. Por el contrario, predominó una señal de normalidad democrática que, en tiempos de polarización política en distintas partes del mundo, adquiere un valor especial. La imagen de un traspaso ordenado y respetuoso contribuye a fortalecer la confianza en las instituciones y a recordar que el poder político es, en esencia, transitorio y sujeto a las reglas de la democracia.

Mientras en el plano nacional el cambio de mando se desarrollaba con la solemnidad y la calma que exige la tradición republicana, en las regiones comenzaba también la instalación del nuevo gobierno. En el

caso de la Región del Biobío, el delegado presidencial Julio Anativia asumió el cargo en un contexto marcado por una particularidad administrativa, ya que todavía no se han dado a conocer los nombres de los delegados provinciales de Arauco y Biobío, ni de los secretarios regionales ministeriales que conformarán el gabinete regional.

Esta situación, aunque comprensible en las primeras horas de una nueva administración, abre inevitablemente un espacio de incertidumbre que conviene despejar con rapidez. Las regiones requieren equipos completos para articular políticas públicas, coordinar servicios y responder a las múltiples demandas territoriales. En una zona tan compleja y estratégica como el Biobío, con grandes desafíos en materia de seguridad, desarrollo productivo y reconstrucción,

la pronta designación de las autoridades faltantes resulta clave para dar señales de conducción y continuidad en la gestión pública.

Eso sí, es justo reconocer un gesto inicial que apunta en la dirección correcta. La primera actividad de trabajo del delegado presidencial fue reunirse con los alcaldes de Penco y Tomé, comunas que aún enfrentan las consecuencias de los devastadores incendios forestales de enero y que se

encuentran en pleno proceso de reconstrucción. Ese encuentro no solo representa un acto de coordinación institucional, sino también una señal de prioridades respecto de las urgencias de las comunidades afectadas y a avanzar en un proceso de recuperación que será largo y demandante.

La reconstrucción posterior a los incendios exigirá recursos, planificación y un trabajo estrecho entre el gobierno central, las autoridades regionales y los municipios. Por lo mismo, contar con un gabinete regional completo no es un detalle menor, sino una condición necesaria para que las decisiones se adopten con agilidad y para que los compromisos asumidos por la nueva administración puedan comenzar a materializarse.

Esta situación, aunque comprensible en las primeras horas de una nueva administración, abre inevitablemente un espacio de incertidumbre que conviene despejar con rapidez.